

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 9 de Septiembre de 1897

Núm. 355

PLAYAS DE VERANO



EL HAVRE. — La playa á la hora del baño

De las playas francesas, una de las más atractivas y agradables para la estación de verano, es sin duda la del Havre.

Libres los que la visitan de las enojosas molestias é incomodidades de las *playas de moda*, constituye esto mismo un encanto más que, unido á los que proporcionan lo agradable de la temperatura y el conjunto de comodidades que en el Havre se encuentran, hacen una deliciosa residencia veraniega de la populosa ciudad, cuna y residencia favorita del actual presidente de la República Francesa.



Ida y vuelta

II

Tras once horas de ferrocarril y cinco de diligencia ó cosa parecida, Timoleón arribó felizmente á su lugar natal, algo mareado y quebrantado, pero satisfecho y con una lagrimita de patriótica emoción asomando á cada rincón de los párpados.

Era ya noche cerrada y se metió en la mejor fonda (la mejor quizás por ser la única), de San Pedro de las Guindas, dejando para la mañana siguiente el cuidado de hacer las visitas á los parientes, caso de que le quedaran algunos, lo cual ignoraba completamente.

Pidió de cenar, pues se sentía un sí es no es desfallecido, y le introdujeron en una salucha que servía de comedor y hubiera podido servir de pocilga. González se sentó ante una mesa cuyos manteles, vasos, platos y cubiertos, habrían podido ser más limpios. En cambio, habríale sido difícilísimo á una moza de mesón el ser más puerca que lo era la que presentó la cena al madrileño. El enternecimiento que á éste dominaba se disipó para dejar sitio á otro género de sensaciones: aunque su estómago le pidiese á gritos el pago del correspondiente tributo, apenas si probó Timoleón el plato de verdura aderezada con aceite rancio ni el estofado de conejo que tenía un saborcillo indefinible; los huevos pasados por agua le parecieron aceptables, pero del bacalao con tomate no consiguió formarse idea porque se lo impidieron tres moscas que estaban allí de cuerpo presente. El pan era moreno, pero duro y mal amasado; cuanto al vino debía ser puro y sólo le faltaban algunos días, muy pocos, para convertirse en vinagrillo.

—¿No hay por ahí cerca un café? — preguntó Timoleón después de habérselas con un conato de postres consistentes en un pedazo de queso inicuo y una pera verde.

—¡Misté qué pregunta! — le contestó la Maritornes con risa estúpida — ¡pues no ha de haber! Con atravesar la plaza y plantarse adentro, ya está usted en el café ¡hombre!

El viajero cruzó medio á tientas la distancia que le separaba del establecimiento, y se coló en un local cuyas paredes blanqueadas allá por los años de Fernando VII, ostentaban una patina muy característica. Media docena de mesas de madera ex blanca, con mucho pringue, y dos docenas de sillas de paja formaban todo el mobiliario. Del techo ennegrecido, un techo que parecía moverse gracias al zumbador enjambre de moscas que lo invadía en toda su extensión, pendía un quinqué venerable, á cuya mortecina luz pudo distinguir el forastero las siluetas de cinco ó seis indígenas que se volvieron hacia él, entre asombrados y hostiles, contempláronle en silencio durante un minuto y reanudaron luego la interrumpida partida de naipes.

Timoleón pidió café. Se lo sirvió un hombre mal encarado, ó cuando menos le vertió en un vaso de vidrio, un brevaque que si no era café tenía el color, ya que ni el sabor ni el olor de tal. Lo sorbió, empero, con suave resignación, en tanto daba chupaditas al legítimo habano que acababa de encender y cuyas aromáticas espirales seguía con la mirada, para matar el tiempo y por no tener cosa más entretenida que mirar.

Pero en esto uno de los naturales se levantó de su asiento, dió un par de vueltas por el salón, fuese orientando hacia el forastero con visibles propósitos de abordaje, y por último concluyó por sentarse enfrente, animado, al par que por su propia curiosidad, por

la actitud benévola de González, á quien no venía mal el practicar un reconocimiento.

—Pues, sí señor, hace quince años que por mi desgracia ejerzo el profesorado de primeras letras en este maldito pueblo, y le aseguro á usted que no se puede vivir en él. Esto no es un rincón de España: es un rincón de la Patagonia.

—¡Bah!... no será tanto...

—¿Que no?... quisiera verle á usted obligado á pasar ocho días tan sólo en este San Pedro dejado de la mano de Dios: ya vería usted... Los señores de la ciudad, que á veces les da por pasar por este pueblo para ir á los baños de Baldirero, pues supongo que allá se dirigirá usted...

González hizo un gesto vago que podía pasar por una afirmación.

—Los señores, repito, que van al balneario y se detienen algunas horas aquí, no se forman una idea de lo que es este villorrio. Y digo villorrio por no darle un nombre peor.

—Yo creía que tenía la categoría de villa, —observó tímidamente González.

—Si usted quiere; pero ¿qué importa el nombre, si al fin y al cabo esto no es más que un mal poblacho sin civilización, sin progreso, sin nada?...

—Bueno; la civilización no habrá hecho en este lugar apartados grandes adelantos, pero en cambio gozarán ustedes de la plácida tranquilidad que sólo se encuentra entre la gente campesina.

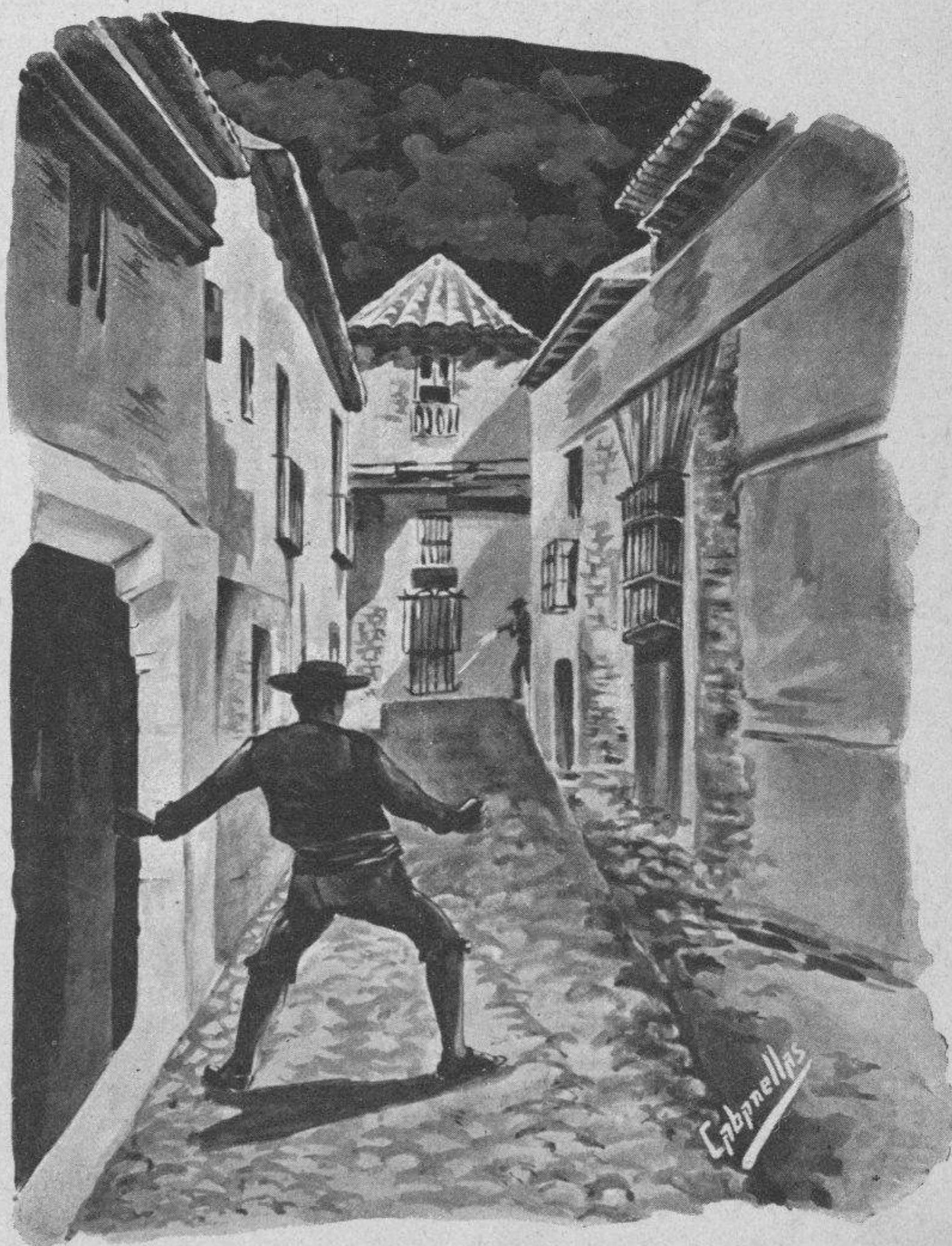
—¿Tranquilidad?... Bonita la tenemos ¡vive Dios!... Figúrese usted que hace tiempo se metió aquí la política y que no hay partido que no tenga su representación. El párroco es carca; el alcalde canovista; el juez de paz silvelista; el médico republicano; un servidor de usted liberal constitucional, y el veterinario socialista. Y todos andamos á la greña y nos causamos todo el mal que podemos y nos comeríamos los hígados unos á otros.

—¡Qué lástima! — declaró Timoleón muy afligido. — ¡Qué sensibles y qué dolorosas son esas discordias políticas que de esta suerte alteran el carácter naturalmente pacífico y bondadoso de un pueblo!

—Diré á usted, señor mío: eso de pacífico y bondadoso no creo que haya rezado nunca con los hijos de esta localidad. Más brutos y más salvajes no los habrá de fijo en toda la provincia. ¿Sabe usted cuál es la diversión favorita de los mozos en días de fiesta, al salir de la taberna?... Pues andar á garrotazo seco y molerse los huesos. Si están de buen temple, la cosa no pasa de ahí; pero si se entusiasman un poquito, allá salen á relucir navajas y entran en danza los revólvers.

—¡Vaya unas diversiones!...—dijo escandalizado Timoleón.

—Eso, dejando aparte las venganzas particulares, los atentados que á cada punto se cometen. Mire usted,



anteayer, sin ir más lejos, le alumbraron un trabucazo al tío Chichones al doblar una esquina. Milagro fué que no le dejaran difunto.

— ¡Ave María Purísima!...

— Cuando le digo á usted que no se puede vivir en este pueblo...

Siguió el dómine contando maravillas que iban congelando una tras otra las ilusiones del forastero. Refirióle cómo el alcalde había hecho apalear una noche al veterinario por haber enviado éste una carta al órgano republicano de la provincia, en que se ponía en solfa al monterilla; como el cura vomitaba todos los domingos desde el púlpito enormes atrocidades contra los liberales; como había allí dos hermanos, los Pernetas, licenciados ambos de presidio, y que por pertenecer «á la situación» seguían cometiendo toda clase de fechorías, sin que nadie les metiera mano; como andaban las cosas municipales en la Casa de la Villa, que mejor merecía llamarse caverna de ladrones. Y puso término á la descripción citando dos adulterios locales, tres concubinajes, un aborto, un infanticidio y un rapto.

Aunque aniquilado el madrileño, tuvo alientos para enterarse con aire de indiferencia, de si existían todavía en San Pedro de las Guindas algún individuo de la familia González: de los González del Preduzco (alias) los *Golondrinos*.

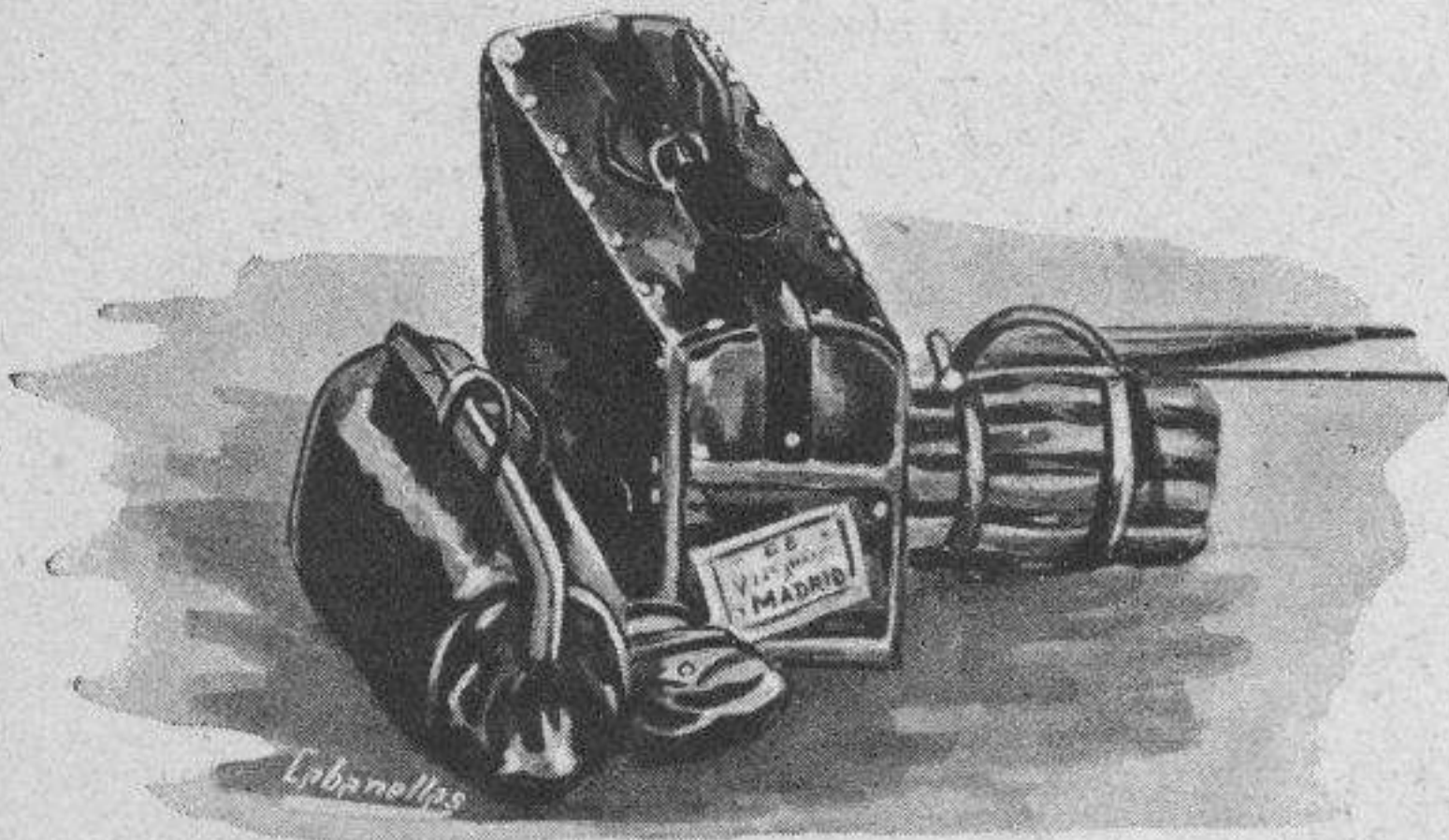
— Precisamente — dijo para explicar su pregunta — tenía en Madrid un amigo perteneciente á esa familia.

— Sí, ya sé... — repuso despreciativamente el pedagogo. — No quedan ahora de esa raza más que dos *Golondrinos*: Venancio y Tomasillo; padre é hijo. El padre un borracho embrutecido; el hijo un gandúl y un canalla; uno y otro sin una peseta. Famosa parentela le queda al amigo de usted...

Timoleón pasó la noche sin pegar los ojos y no por falta de sueño ni de cansancio,

sino por estar su cuarto poblado de varias especies zoológicas, de las cuales unas volaban cantando por el aire y picaban que era una bendición; otras discurrían procesionalmente, silenciosas, por las paredes y hasta por las sábanas; otras, de mayor tamaño, de un negro intenso, se deslizaban por el suelo, en todas direcciones.

Timoleón esperó con cristiana resignación el clarear del alba y el paso de la diligencia. Metióse en ésta. Diez y seis horas después plantábase en Madrid, aspeado, molido, pero contento y curado de bucólicos ensueños. — JUAN BUSCÓN



Epigramas

A su entenada un señor
para que se corrigiera
obligóla á que viviera
con un joven profesor.

Este en su vida privada
es un joven desenvuelto
y á la muchacha ha devuelto
corregida... y *aumentada*.

Volverse loco debió
cierto cantante; le oí
una escala que entonó:
antes de llegar al *dó*
estaba *fuera de sí*.

Cierto *golfo* sentó plaza
y como fué buen soldado,
á los dos meses cabales
el *golfo* logró ser *cabo*.

— Pronto al paso marcharán
y «¡uno! ¡dos!» repetirán

los quintos recién llegados.

— Poco á poco aprenderán.

— Sí; por sus *pasos contados*.

Del mal en cama postrado
está más muerto que vivo,
y le tiene á su cuidado
un doctor caritativo.

No sólo le facilita
la salud con sus recetas;
cada vez que le visita
le *lleva* cuatro pesetas.

Mirando á una chula, ayer
un amigo me decía:

— Esa chica es novia mía,
pero tengo á esa mujer
más miedo que al enemigo.
— ¿Por qué? — Porque como yo
tengo varias novias, *no*
las tengo todas conmigo.

José M.^a SOLÍS Y MONTORO.



Las gradas de la Victoria

I

Con un canuto de lata
mal suspendido del cuello,
de una cinta con más nudos
que cordón de recoleto;
sin asomos de camisa,
hechos trizas los gregüescos,
y unas tiras de gamuza
diciendo aquí fué coleteo;
con una pierna de palo,
un parche en el ojo izquierdo,
y de sucio cabestrillo
pendiente el brazo derecho;
de la Victoria en las gradas,
con avinagrado acento,
cierta mañana, un soldado
limosna estaba pidiendo;

Y al mirar que, aunque decía
con voz dolorida aquello
de «esta pierna perdí en Salsas,
en Maestrick este otro remo,
y, tras sufrir en las Dunas
dos heridas en el pecho,
en Nordlinga me dejaron
de un arcabuzazo tuerto»,
ni una pieza segoviana
fuera á caer en su fieltro;
disfrazando de oraciones
tres por vidas y un reniego,
gruñó para sí:—¡Pardiobre,
que anda ya el oficio bueno;
hoy, por lo visto, no saco
para un trago de lo añejo!—

Y ya de pie se ponía,
de su suerte maldiciendo,
cuando, al ver que un barbilindo,
muy gorifo y muy compuesto,
tan enguantado de manos
como rizo de cabellos,
mirando hacia todas partes
se encaminaba hacia el templo,
se volvió á su duro escaño,
desarrugó el hosco ceño,
y, haciendo por que sus voces
llegaran hasta el mancebo,
se puso á gritar:—¡Hermanos,
librenos el rey del cielo
de una tentación el alma,
de un aire corrupto el cuerpo!

II

En cuanto á oídos del lindo
llegó tal canturia ó rezo,
cual flecha que el arco lanza
llegó al lisiado, resuelto.

Y, revelando en su tono
ser ya conocidos viejos,
estas frases se cruzaron
rápidamente entre ellos:

—¿No vino aún?

—Es muy pronto.

—¿Pero vendrá?

—Así lo espero,
que nunca falta á la misa
de diez. Ya estoy en acecho.

¿Puedo, por hoy, seros útil?
—Con prudencia y con misterio
es preciso que á sus manos
llegue este billete.

—Entiendo.

Y, como ambos una dama
vieran venir desde lejos,
precedida de una dueña
de tocas y mantos luengos,
en tanto que entre el gentío
burlaba el galán el cuerpo,
un papel y una moneda
ocultando en el chapeo,

con voz, siempre quejumbrosa,
siguió el lisiado diciendo:
—¡Tengan lástima á un soldado
mal herido y bien enfermo!

III

Desde un rincón de la Lonja,
que da á la Victoria ingreso,
dos ancianos venerables,
de noble y marcial aspecto,
con la indignación pintada
en sus semblantes severos,
con airada vista siguen
del pobre los movimientos:
y al ver que, por fin, la dama,
mucho caridad fingiendo,
cambió en manos del mendigo
por una moneda un pliego,
pálido el rostro de ira
exclamó, al cabo, uno de ellos:
—¿Y ahora, de nuestros soldados
seguís la defensa haciendo?
—Callad por Cristo, don Lope,
—exclamó su compañero,—
los bravos que en Francia y Flandes
dejan sus honrados huesos,
son, en tan alta manera
dignos de nuestro respeto,
que los ofende y me ofende
quien los compara con esos.
—¿Es decir que?...

—Yo os respondo
que ese rufián embustero,
jamás escuchó en el campo
de un arcabuz el estruendo.

Decid más bien que esta Corte,
en donde tienen asiento
el más cínico descoco
y el más bajo desconcierto,
es iglesia que sagrado
ofrece á los que, debiendo
estar en nuestras galeras
purgando imborrables yerros,
disfrazados de soldados,
venden por gloriosos hechos,
reliquias que en las tabernas
y sin reñir adquirieron.

—Razón tenéis, buen amigo,—
le contestó el otro viejo—
subir dejando á la boca
la indignación de su pecho.

Y en tanto los veteranos
de nuestros gloriosos tercios
sin cobrar una soldada,
faltos hasta de sustento,
al mirar tanta miseria,
de justa vergüenza llenos,
antes que manchar la espada
que cien veces esgrimieron,
vencidos hoy por el hambre,
ellos que invencibles fueron,
siembran campos y caminos
con sus insepultos cuerpos.—

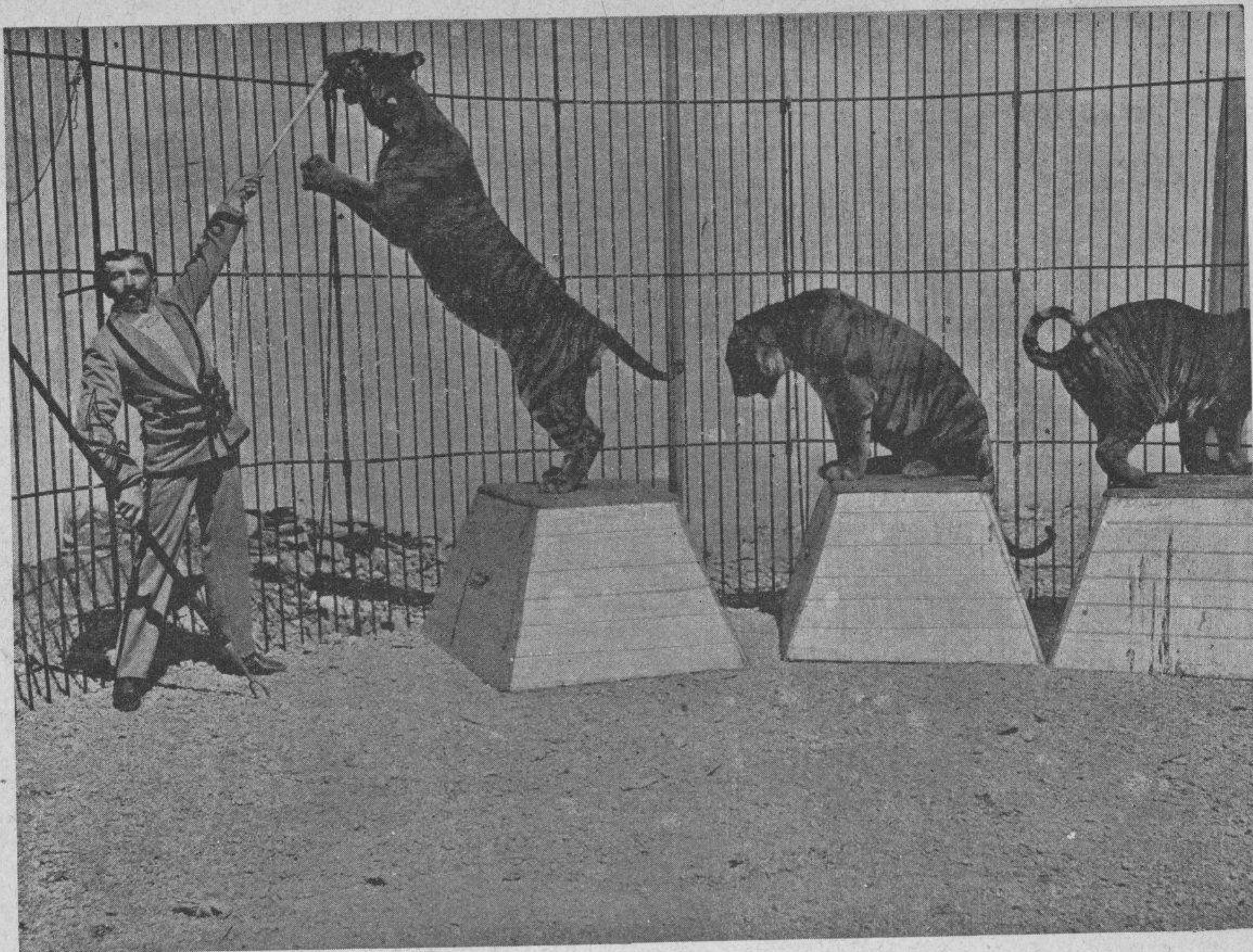
Y aquí el viejo, decorando
su discurso con dos ternos,
concluyó, poniendo punto
á todo razonamiento:

—Mas, ¡qué ha de pasar, por Cristo,
en un país en que vemos
que no hay para gobernarnos
más que malvados ó necios!—

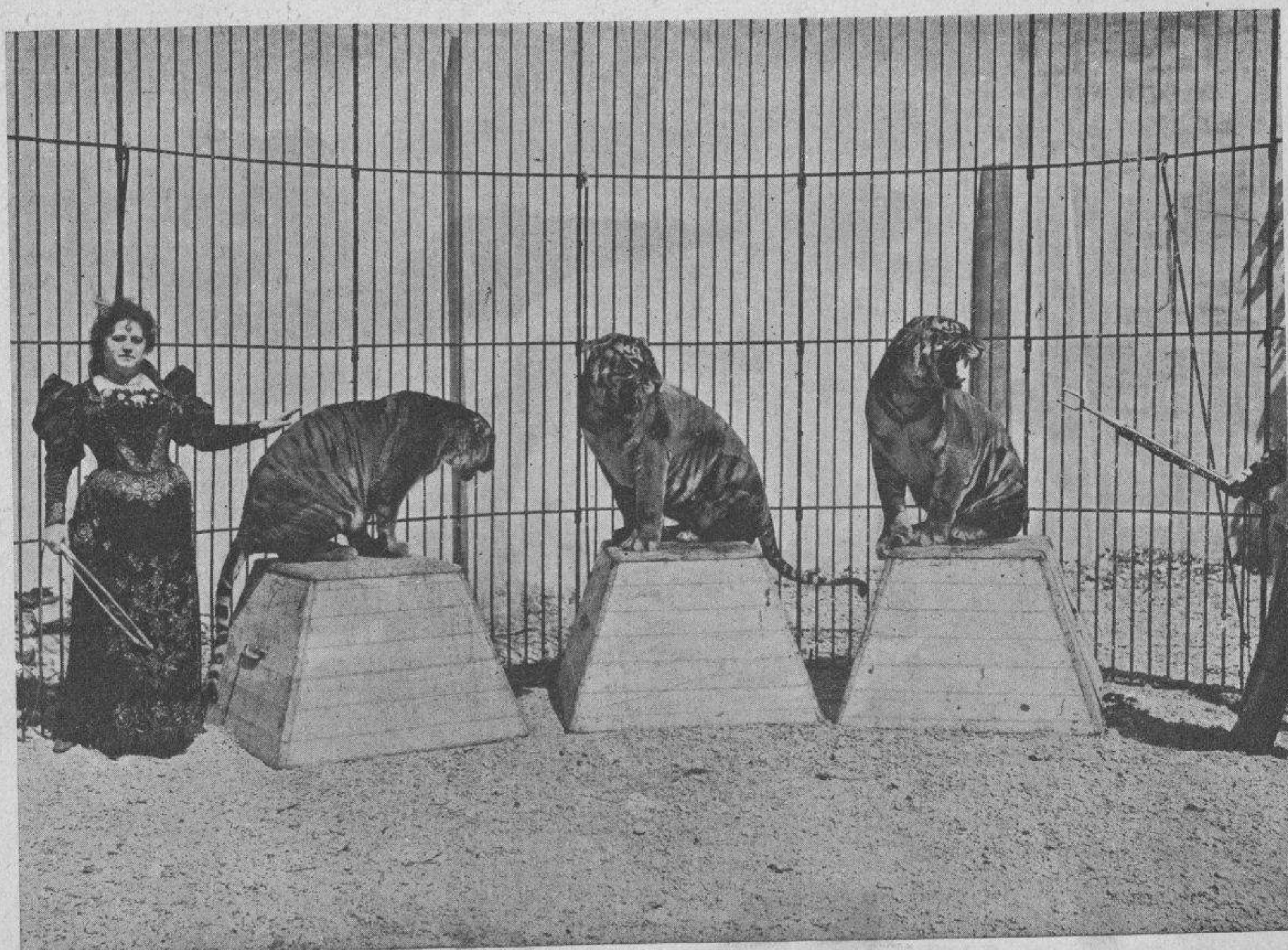
Y ambos interlocutores,
con hosco y airado gesto,
á oír la msa se entraron
en el interior del templo,
mientras gritaba el mendigo
con estudiados lamentos:
—¡Hagan limosna á un soldado
que encaneció, al rey sirviendo!

ANGEL R. CHAVES.

TEATRO DEL TÍVOLI



Mr. Spessardy en la jaula de los tigres



Madame Spessardy en la jaula de los tigres

Insanias

La frivolidad es la primera de ellas. Quizá la que causa daño mayor y produce más estragos. La literatura moderna ha caído por completo dentro de esa charca. Sus aguas estancadas sólo producen y sueltan miasmas insanos, que respiramos con deleite, porque tenemos el olfato habituado á su olor; pero el organismo entero padece de ello. Para la vida espiritual, respirar esos miasmas, vivir dentro de esa atmósfera de frivolidad, vale tanto como si un cuerpo en buen estado se nutriera de alimentos flojos; como si un carnívoro diera en la manía de comer hierbas. El cuerpo se hallaría débil y sin fuerzas para acometer toda tarea de empeño. Eso le pasa al espíritu que comete la tontería de nutrirse de un fruto que no ha de bastar á satisfacer su ansia de alimento, su necesidad de reponer las energías gastadas.

Dejando á un lado dos ó tres maestros de la novela y algunos articulistas que saben dar á quien los lee alimento espiritual fuerte y sabroso, que tiene á la par el dejo oloroso de la caza y el aroma fortísimo del marisco, la mayoría de los novelistas y escritores,

TEATRO DEL TÍVOLI



Oso de la colección Spessardy

habiéndose metido á tal oficio (el de escribir para el público), sin condiciones, sin saber, sin talento, sin conocer ni por el derecho ni por el revés nada de lo que es y debe ser la literatura, sólo saben hablar de tonterías, que hacen reír, ó de porquerías que hacen llorar.

La gente lee, sin embargo, sus engendros. Pasa el rato comentando sus insulseces ó recordando los adulterios, seducciones é incestos que á cada paso aparecen en sus obras.

En el teatro como en el libro; en los escritos políticos como en los literarios, los escritores, esa raza que presume de inteligente y que tiene la pretensión de encauzar las ideas que han de digerir las masas, sólo sabe hablar de tonterías que á nada conducen ni nada enseñan; que no tienen siquiera la virtud de hacer dudar; que pasan inadvertidas como entre un vuelo de aves las alas de un insecto.

¿Los escritores y literatos son los precursores ó los que servilmente siguen

la marcha de las masas y retratan en sus escritos los deseos, las esperanzas y las realidades que á aquéllas agitan?

Si lo primero, ¡pobres de las sociedades que la mayoría de los escritores creen á su imagen y semejanza! Generaciones enteras de degenerados serán sus naturales consecuencias. el resultado de su obra estúpida. Si lo segundo, ¡menguada sociedad la que alienta! Jeremías, volviendo á pisar el valle de Jerusalén, lloraría ahora con más amargura que nunca y la piedra que lanzó contra él una catapulta no tardaría tanto tiempo en aplastarle.

Detrás de la frivolidad insulsa, de la palabrería huera, de las gracias y chistes de encargo, viene la inmoralidad, como otra de las grandes insanías que á diario se perpetran y que sólo sirven para pervertir lo poco sano que nos resta.

No hay comedia ó drama que no se base sobre un adulterio, sobre un incesto, sobre una seducción. No hay novela que deje de contar como y por qué cayeron Juana ó Pepa. No hay artículo literario que no explique alguna pasión desviada, alguna marranada superior, de esas que hasta á los que se saben de memoria la Pentápolis, Atenas, Roma y Londres, ponen la carne de gallina.

Lea quien tenga sano el espíritu todas las obras modernas que en el teatro se representan, las novelas, los artículos que llevan al pie firmas conocidas. Lea todo eso sin prejuicio alguno, abstraéndose de la realidad, tome por ésta lo que de esos escritos se desprende, y si no saca en consecuencia que no hay mujer virtuosa, ni hombre honrado, ni niño inocente, ni amistad desinteresada, ni caricia que no envuelva una intención depravada y perversa, que me aspen.

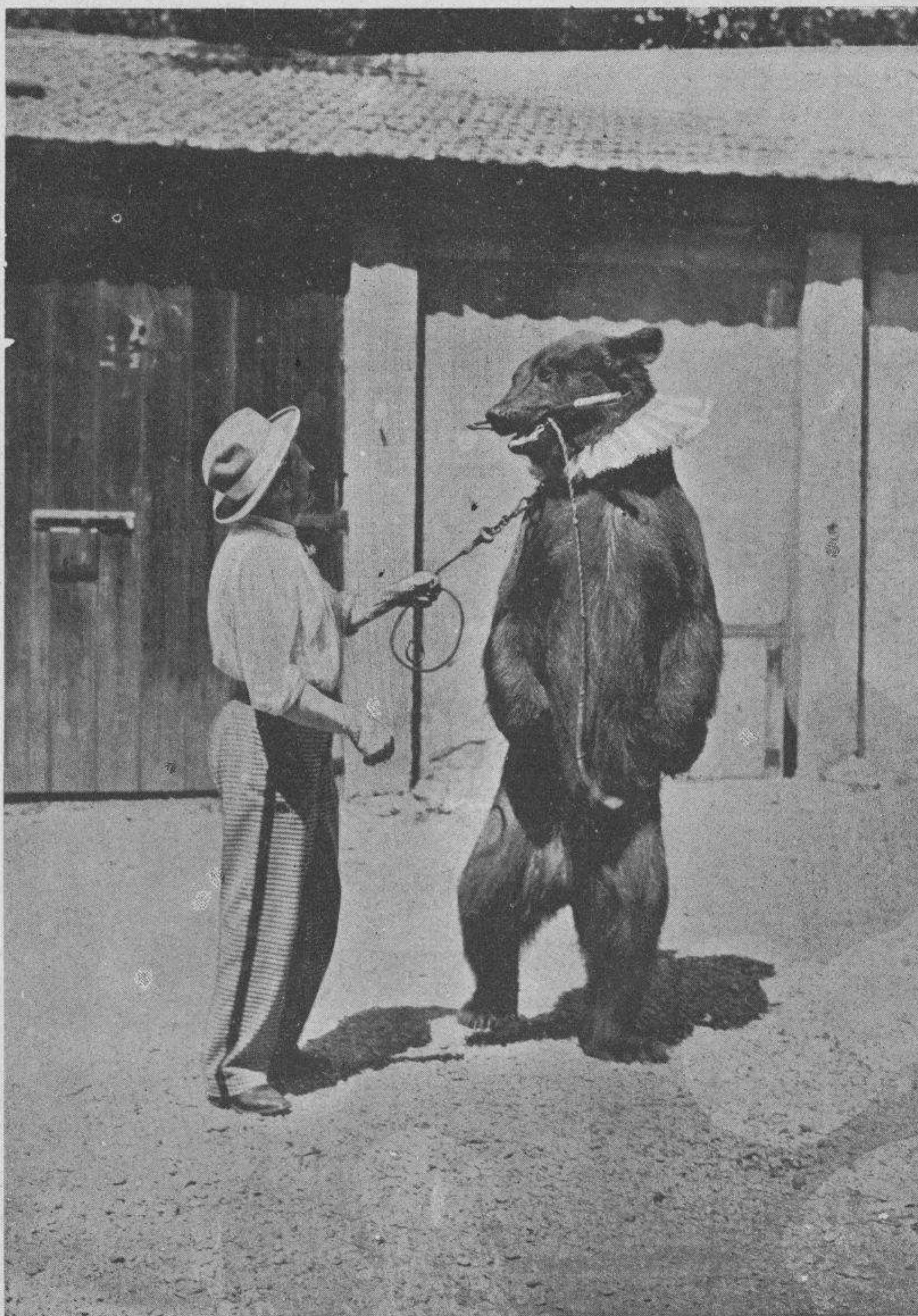
¿Es así verdaderamente la sociedad en que vivimos? ¿Ha de ser así la sociedad futura?

Pues si todo ha de ser pura lubricidad ó atólide frivolidad, tanto vale que las plumas se rompan, que las voces se acallen, que la reproducción cese.

Levántese un templo al dios de Lampsaque y dentro de él un altar á Ignaria, y echémonos á dormir tranquilos.

A. RIERA.

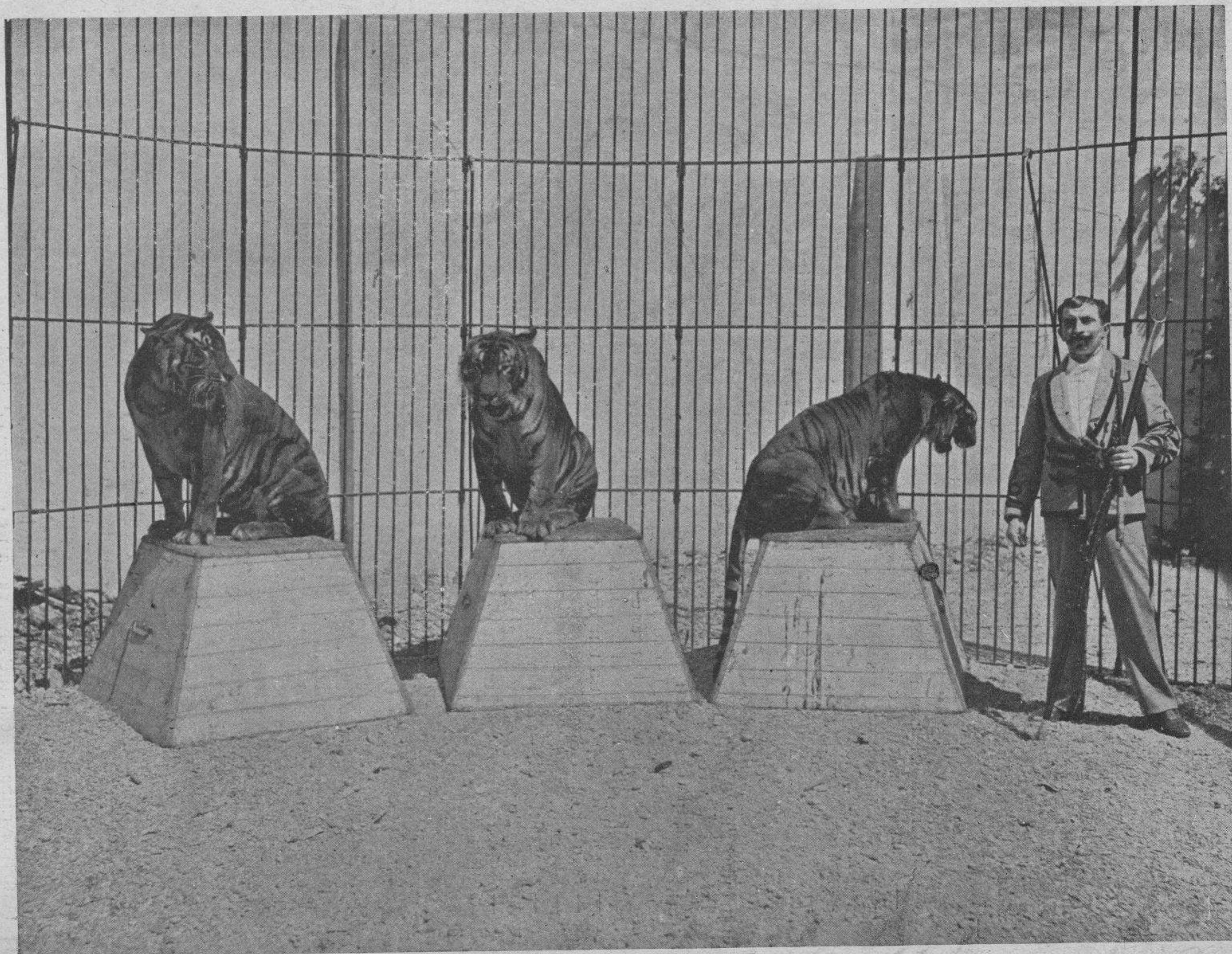
TEATRO DEL TÍVOLI



Ejercicios con el oso

TEATRO DEL TÍVOLI





La apuesta de Lucifer

I

El diablo, aquel día, no entretuvo sus ocios (como el dicho vulgar supone) espantando moscas con el rabo, pues, amén de no contar S. M. diabólica con tan feo aditamento, resultaría la ocupación impropia é inverosímil en el rey del infierno. Si bien anda *in puribus* y tizado como cualquier carbonero, cuando viene en gusto de hacerlo, lávase el rostro y se perfuma y acicala poniéndose de veinticinco alfileres, que no en balde (y á las Escrituras me atengo) fué en un principio Luzbel ó Luzbella, el ángel más hermoso que formaba en la cohorte celestial.

El diablo, digo, aquella tarde quiso darse un paseo por la tierra, y vestido de limpio como cualquier burgués y acompañado de un truchimán del averno (súbdito suyo) en el siglo filósofo y humanista, y en la caldera un chicharrón maldiciente, salió á la haz de este planeta, á tiempo que el sol (sin duda para no ser cómplice alumbrando las barbasadas que pudieran cometer Mefistófeles y su acompañante) escondíase bonitamente detrás de las montañas.

— ¿Dónde vamos, señor? — preguntó con toda humildad el esclavo de Luzbel.

— Donde quieras, Fernández, — replicó el diablo.

— Dirijámonos á España.

— Acertada es la elección; es un país delicioso.

— Y sus mujeres las más bellas del mundo, — suspiró Fernández melancólicamente.

— ¡Y buen vino!

— Así es, señor... ¿Cuándo emprendemos la marcha?

— Espera á que se haga de noche, que no es prudente que á tí y á mí nos vean volando por los aires; que tal es la jactancia de esos bichitos humanos que, si así nos vieran, creerían que era un hecho lo de la dirección de los globos.

Fernández y el diablo sentáronse al pie de un roble y sacaron de las alforjas que traía el primero, unos fiambres.

Pusiéronse á cenar.

Concluída la cena, entróle en ganas al filósofo armar polémica con su señor, el cual, á las primeras de cambio, le ordenó suspendiese tratamientos enojosos.

— Te aseguro, — decía Fernández, — que en la tierra todo lo puede el dinero... ¡Es el mejor auxiliar que tienes y el que más almas te regala.

— No lo niego; pero aun tengo otro de más poderío.

— ¿Cuál?...

— El amor.

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! — rió Fernández, poco respetuosamente. — ¡El amor, diablo! Si parece mentira que tú, el rey del mal, digas eso.

— No seas idiota, hombre; te digo que el amor...

— ¿El amor? — interrumpió con gran ceremonia el filósofo. — ¡Ya entiendo! la fusión de la materia, el goce egoísta, la perpetuación de la raza; si á eso llamas tú amor... bueno.

— ¡No! ¿Qué ha de ser eso?... Hablo de los sentimientos del alma: de la pasión del espíritu.

— Eso no existe: es una tontería con un nombre; nada más.

— ¿Quieres verlo por tus ojos? ¿Quieres apreciar como esa tontuna tiene más fuerza que el dinero?... ¡Responde, filosofastro positivista!...

— Sí, sí, quisiera verlo, — dijo Fernández, sonriéndose burlonamente.

— Para que aprecies mejor mi complacencia, doy de barato que yo sea tu señor y tú mi esclavo. Admito tu rivalidad: tú, representarás en la tierra el dinero, yo el amor... La prueba durará un año; yo iré á buscarte donde quiera que te encuentres al final de nuestro empeño. Aquí tienes esta bolsa de oro: es inagotable. Puedes ya marcharte á donde te plazca.

II

Según el rancio cronicón de donde está tomada la aventura infernal que copiamos, al cabo del tiempo prefijado, encontráronse en un mesón de Castilla, el diablo y Fernández; éste, traía su cuerpo ricamente prendido; aquél, ostentaba todas las seducciones de un lindo mozalbete.

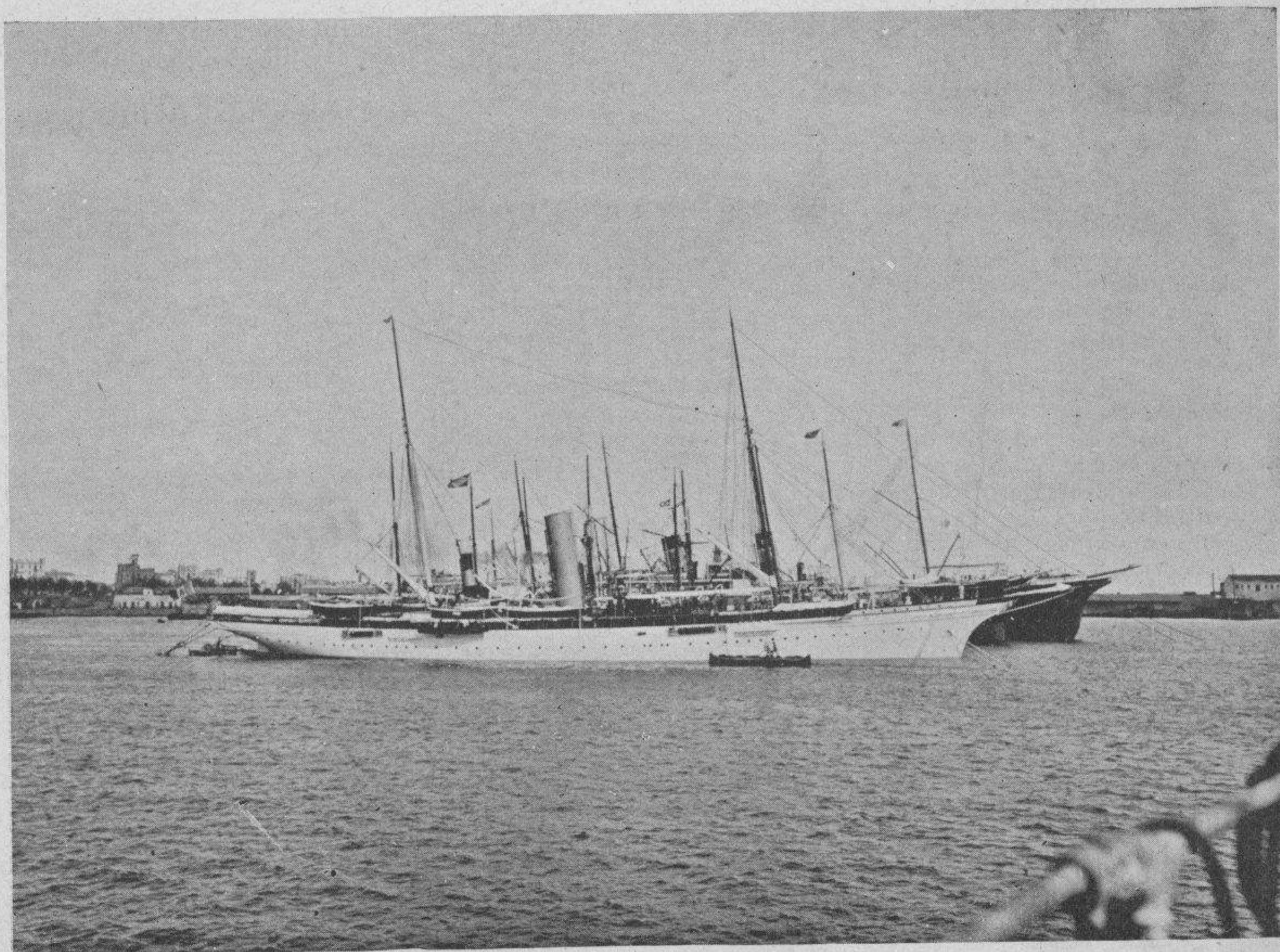
Reconociéronse ambos, no obstante los trueques de personalidad, se estrecharon las manos, pidieron de cenar al huésped y, mientras ponían los manteles, Fernández, que tenía mayor impaciencia que su adversario, comenzó diciendo:

— Señor: gracias á la magia de vuestra bolsa, puedo ofreceros en esta interminable lista (y sacó un abultado cuaderno del bolsillo), gran copia de súbditos... Todo se ha

inclinado ante mí, es decir, ante el poder del oro... He triunfado de virtudes que parecían tener la solidez del granito, de inocencias tan transparentes como la clara linfa de los lagos; de pechos altivos y liberales. He sembrado la avaricia y grande ha sido mi cosecha; he roto la santidad que presidía en muchos hogares; he armado el brazo de la necesidad ó del vicio; me he reído grandemente de todas las hipocresías; he sido paladín de amores con damas desde la más alta á la más baja estofa; he disfrutado de todos los goces mundanos; he hecho escarnio de la virtud; he abierto puertas secretas viendo que es cierto el adagio: «No hay cerradura, si es de oro la ganzúa»; he pisoteado muchos pudores: en una palabra, el placer ha sido mi esclavo. Buenos dineros os cuestan mis presas. pero, ellas os dirán con mejor elocuencia que la que mi lengua pudiera emplear, que el mundo está por el dinero y que mi triunfo es irrecusable.

Calló Fernández, entregó á Mefistófeles el cuaderno, y éste, después de repasar la lista, se la devolvió diciéndole irónicamente:

— Crecida es la suma, pero, no aventaja á la mía... Tú has representado en el mundo el poder del oro; yo el del amor... En mi faltriquera jamás llevé ni un maravedí para ayudarme en mis empresas; lo fié todo á la gentileza y donaire de mi juventud, y con solo estas prendas he hecho germinar en sinnúmero de doncellas las ilusiones de la pasión; he sido novio y amante; he arrancado lágrimas de duelo y de alegría, he recibido besos, abrazos y toda suerte de caricias, desde las que se prodigan callandito y tímidamente hasta las que origina una explosión de cariño satisfecho; mi amor, pobre y obscuro, ha derrotado el caudal y esplendores de los que en el mundo ostentan prosapia ilustre y ascendencia de príncipes. Por mi causa, los labios virginales de muchas mujeres se han manchado con la blasfemia y la maldición; los ventanales del alma han encendido las antorchas de la pureza y han vertido las perlas del dolor; el pecho, ha experimentado torturas sin cuento; las rodillas se han doblado á mis pies, y las manos se han extendido hacia mi infernal persona demandándome recuerdo eterno; no ha habido locura ni sacrificio que no hayan hecho por retenerme: la más púdica se ha convertido en mi esclava, regalándome las primicias de su edad florida; la más hermosa ha hecho abstracción de



Yate italiano «Aegusa» que recientemente visitó nuestro puerto

su hermosura; la más rica de sus joyas; la más pobre de sus harapos; he expoleado la voluntad, el amor propio, el interés y las pasiones de mis víctimas, y las he visto humilladas, temblando ante mi cólera pedirme con sus bocas trémulas y con sus labios suplicantes, perdón. ¿A mí? ¡Es cosa de risa! El positivismo, la ignorancia, la sabiduría, el pudor ó el descoco de unas y otras, ha sido humo ante el capricho del tiránico amor: y en las muy sosegadas de ánimo he despertado los celos que siempre duermen en todo corazón humano, y constante excitabilidad nerviosa en las muy vehementes. De mí se han enamorado hasta el suicidio y apasionado hasta el crimen. He imperado en villas y aldeas, en chozas y en palacios, lo mismo en el corazón de la heredera de un trono que en el de la que por única herencia tiene el agua del mar, los árboles del bosque, el azul del cielo. Amor ha sido en los pechos femeninos aspid que, al recojerse en ellos ha matado los afectos hacia la familia y hacia la sociedad, hasta el punto de que la hija olvidase al padre, abandonándole; la madre al hijo; la esposa al esposo; la huérfana de parientes al mundo; concentrando en mí todos estos cariños, y creyéndose absueltas de sus yerros deshonorosos con una caricia mía... Todo heroísmo, toda aberración, todo crimen, todo desconocimiento de lo humano y de lo divino, ha tenido por origen un extremecimiento del corazón de la mujer hacia el hombre; del hombre hacia la mujer; y yo, Luzbel, encarnado en un mozalbeta; yo, el genio del mal, el espíritu tenebroso, el gozador de lo más ruín y repugnante, el mayor vicioso y el gran enemigo de cualquiera acción noble ó virtuosa, me he sentido anonadado, empequeñecido, cobarde, estúpido, sin ánimo ni voluntad ante las pruebas grandilocuentes conque el amor ha luchado conmigo... Ahora, dime tú si con el dinero hallaste cosas parecidas y produjiste tragedias é idilios allí donde fuiste.

Calló el diablo y miró con sobra de desprecio al filósofo, que atento habíale oído, reflejándose en su rostro el estupor ante tal cúmulo de cargos.

— Señor, — insinuó con sobrada humildad, — contemos el número de víctimas.

— Como gustes; descontemos de él á los hombres.

— Quedan descontados.

— Ahora responde á esta pregunta: ¿Entre las mujeres que conquistó el dinero, cuántas contaban menos de veinte años de edad?...

— Ninguna, señor; todas pasaban de los veintiuno.

— Lo sabía; en cambio, todas las que conquistó el amor no contaban más allá de los veinte.., Ya lo ves, filosofastro, el triunfo es mío; el amor, atrae las flores en capullo; el dinero, sólo doblega flores agostadas...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

¡ P a t r i a !

Engendro impuro del maldito beso
De un inmundo borracho á una ramera,
Estandarte del vicio
Que se expone á la pública vergüenza,
En mitad del arroyo
Abrí mis ojos por la vez primera.
Fué mi madre... la inclusa; y con la sangre
De una de esas mujeres que se arrienda
Por un sueldo mezquino,
Y á los niños sin padres alimentan,
Nutriéndome crecí, y á los seis años,
Como anónima fiera
Que cambia de cubil, pasé al hospicio
Sin dejar tras de mí la menor huella.
Revuelto entre las víctimas
De la implacable rueda
De la fatalidad, pasó mi infancia,
Niño sin pombre; sér, sin ser apenas,
Llegué á los veinte años; ¡ya era un hombre!
¡Qué burla más sangrienta!
Un hombre á quien el mundo por bastardo
Al general desprecio lo condena;
Un hombre que jamás ha recibido
Ni la más leve muestra
De cariño; que nunca ha reclinado
Sobre un amante pecho la cabeza;
Un hombre que no ha hallado más que zarzas

Que pisar, en la senda
Que el destino le impuso;
Y ¡sin nombre! ¡qué horror! un hombre fiera.
Pero al fin, soy un hombre, tengo brazos,
La sociedad que injusta me desprecia,
Necesita mi ayuda.
Se escucha en la frontera,
Del invasor que audaz hacia aquí avanza
El salvaje y feroz grito de guerra,
Y en nombre de la patria se me obliga
A que tome un fusil y la defienda.
¡La patria! y á mí ¿qué? ¿yo tengo patria?
Mi patria es el montón de la miseria;
El muladar inmundo donde hierve
Lo que esa sociedad impía desecha.
¿Necesita mi sangre? ¿y qué derecho
Le asiste para hacerme que la vierta?
Debe morir el hijo por su madre,
Pero el paria que es hijo de la afrenta,
No tiene ni aun madrastra,
Y no debe exigírsele que muera;
Luchad, luchad vosotros,
Luchad, privilegiados de la tierra,
Dejadle contemplar al miserable
Con el goce bestial de las panteras,
Los arroyos de sangre que se vierten
De una madre sin hijos, en defensa.

G. N. DE PRADO.

H. LAASNER



La gallina ciega

La señora de Rosablanca

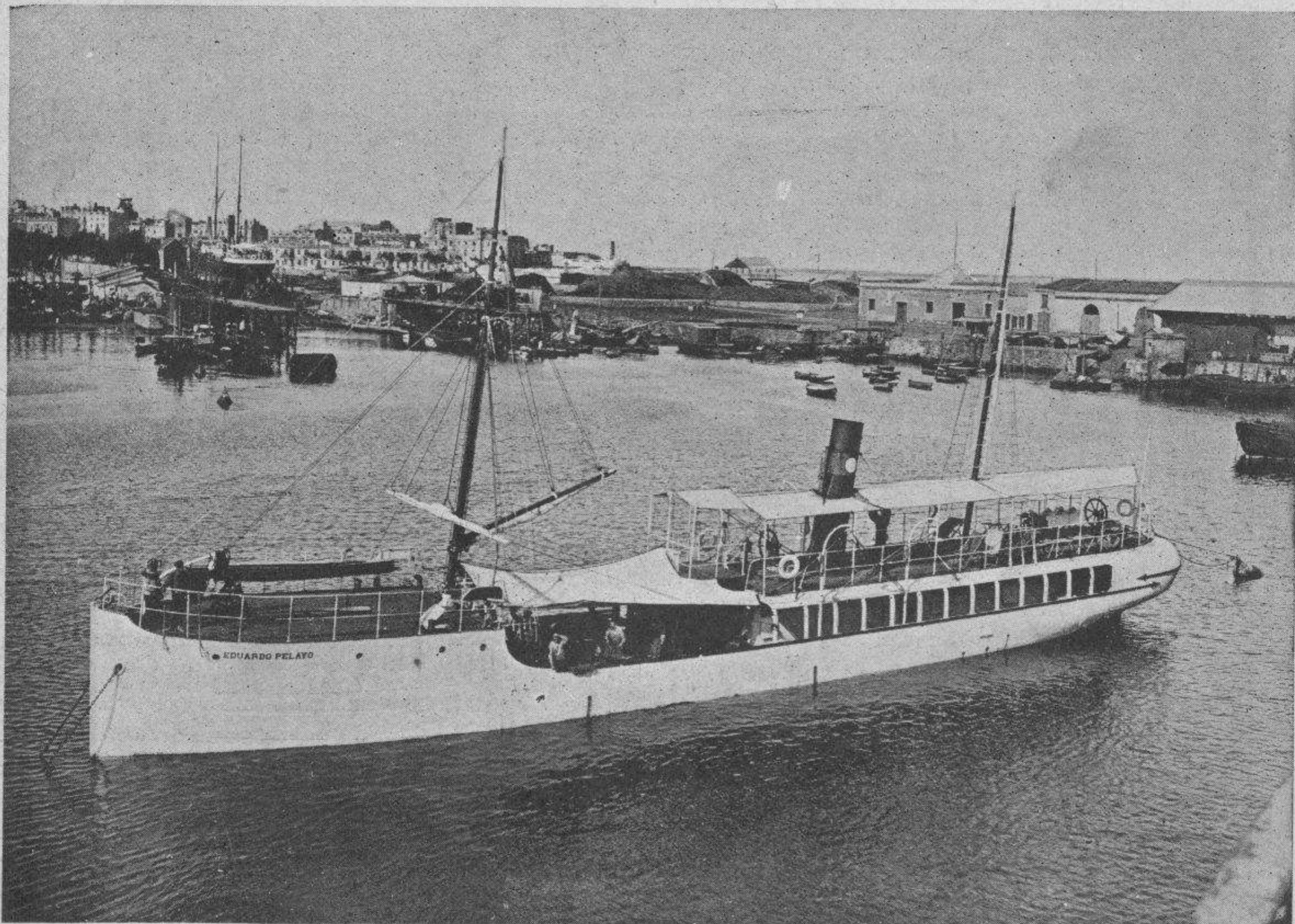
I

—Sí, amigo mío, exclamó la señora de Rosablanca, cerrando su abanico violentamente; desearía que me ocurriera algo extraordinario, algo que rebasara los límites de lo vulgar que me rodea por todas partes. Me fastidia soberanamente esta existencia monótona... En el bosque hay un recodo que veo todos los días, antes de comer, y en el cual hay siempre un caballero, que me saluda de un modo tan cortés como insoportable... ¡Daría cualquier cosa por no ver al caballero, ni pasear por el recodo del bosque! Todos los bailes á que asisto son iguales. Todas las comidas á que me invitan son idénticas, tanto en lo que se refiere á los gestos y conversaciones de los invitados, como en lo que atañe á los platos que componen el *menu*. Nuestros cocineros son como nuestros poetas: les falta imaginación; de lo que resulta que los estómagos más delicados acaban por estar hambrientos de sopa de coles. Tocante al amor, estoy convencida de que en todas partes es lo mismo. Las mujeres que cambian de amantes, se toman un trabajo inútil. No hay otra variedad que la de decir «Enrique», en vez de «Carlos» ó «Avelino». Yo soy amada, puesto que no soy fea... Pues bien: á todos los que me adoran se les ocurre la idea de enviarme ramilletes, que unas veces son de rosas ó gardenias y otras de... gardenias ó rosas. Y todos los ramilletes salen de casa de la misma florista y ostentan en su envoltura la misma estampilla de lacre azul. Parece que todas las pasiones que inspiro están sujetas á un régimen inalterable, como el que se usa en los presidios y en los cuarteles... ¡Oh! me desespera tanta monotonía...

Hizo la hermosa rubia una pequeña pausa, acertó la distancia que la separaba de su visitante y prosiguió:

—El deseo de salir de este círculo de vulgaridades en que vivo, me hace á veces pensar hasta en el crimen... Producir en la multitud un movimiento de asombro, de estupefacción, es mi sueño dorado, sueño que acaricio muchas noches, mientras finjo escu-

NUESTRA MARINA



Fotografía A. Merletti

El vapor «Eduardo Pelayo»

Fot. A. Merletti

Construido en los talleres del Arsenal Civil de Barcelona, por encargo de la Sociedad Tabacalera, para prestar servicio en Filipinas

char, desde mi palco de la Opera, el duo de *Los Hugonotes* ó el aria final de *Norma*, y mientras que, desde todos los ámbitos de la sala me saludan los hombres y me critican despiadadamente las mujeres... Todo esto que digo le parecerá á usted una colección de extravagancias ¿no es verdad? Pues bien: seré todo lo extravagante que usted quiera y le proporcionaré un motivo más para que me aplique ese calificativo. Fijese usted bien en lo que voy á decirle ahora... Yo, que tanto he hecho sufrir á los galanteadores de más fama; yo, que me he mostrado insensible, en muchas ocasiones, á las más ardientes súplicas y á las promesas más halagadoras, no podría negar un sentimiento de gratitud eterna al hombre que, por cualquier rasgo de ingenio, llegara á crear á mi alrededor una atmósfera de curiosidad y me hiciera objeto de la admiración de la muchedumbre...

—¿Aunque ese hombre fuera yo? preguntó tímidamente el señor de Cerigny.

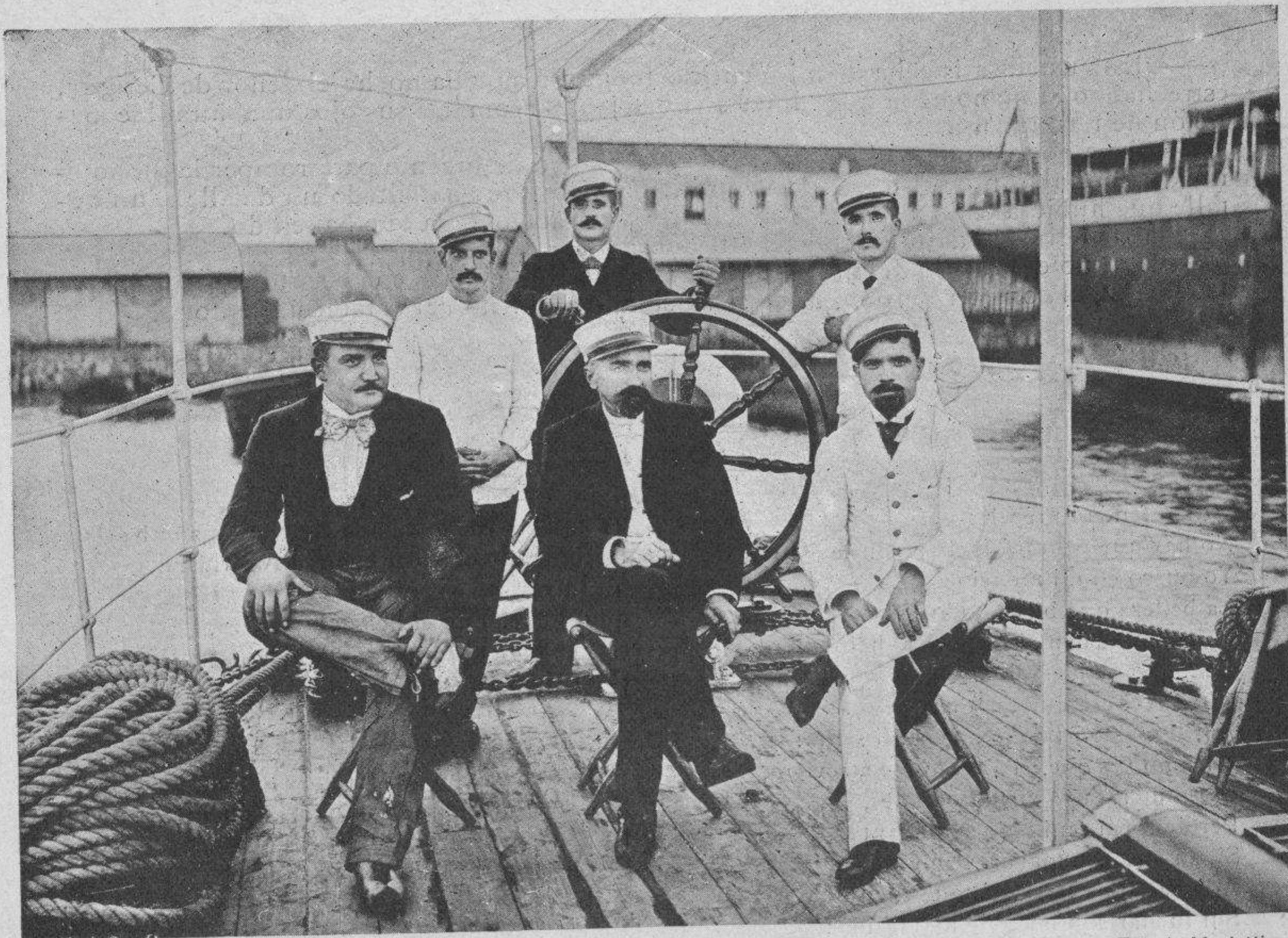
—Si ese hombre fuera usted, replicó la señora de Rosablanca, mi agradecimiento sería... ilimitado.

Y después de pronunciar estas frases, envolvió á su interlocutor en una mirada enloquecedora.

II

Dos meses más tarde, era objeto de todas las conversaciones el robo cometido en una de las principales joyerías de París; robo atrevidísimo, pero que nada tenía de original... Un hombre, que rompe con el puño el cristal de un escaparate, que se apodera de la alhaja de más precio, que huye después y que es alcanzado por la policía... Pero había corrido la voz de que el procesado iba á manifestar el motivo que le obligó á cometer el robo, y decíase también que este motivo era una pasión violentísima, inspirada por una hermosa dama de la sociedad elegante.

La historia de aquel amor desgraciado, cuyo epílogo iba á ser una condena de los tribunales de justicia, se refería en voz baja y daba lugar á comentarios animadísimos. El ladrón era un joven tapicero que, trabajando en casa de la señora de R..., sintió por esta distinguida señora una de esas pasiones volcánicas que hacen perder la razón, y que



Oficialidad del nuevo vapor «Eduardo Pelayo»

Fot. A. Merletti

son tanto más terribles y avasalladoras, cuanto mayor es la distancia que separa al adorador y á la mujer adorada con delirante frenesí. El primero veíase obligado á ahogar aquel amor ardiente y á contentarse con mirar desde lejos al objeto de sus ansias. Mudo, pálido, temblando de emoción, poseído de abrasadora fiebre, seguía á su ídolo por calles y paseos; y después de algunas horas ó de algunos minutos de felicidad contemplativa, regresaba á su zaquizamí borracho de sensaciones, sediento de caricias apasionadas...

Cierta noche, en que la señora de R... iba escoltada, como de costumbre, por su humilde adorador, ocurrió una cosa que fué origen del robo cometido por aquel pobre diablo. La hermosísima dama se detuvo ante el escaparate de una joyería, y fijando sus ojos en un collar de perlas que llamaba poderosamente la atención de los transeuntes, exclamó, dirigiéndose á una de las amigas que la iban acompañando:

—¡Qué alhaja tan magnífica! Sería feliz si la poseyera... Pero no puede ser... ¡cuesta mucho dinero!

El pobre diablo oyó estas frases, dichas con acento de tristeza, y la idea de apoderarse de la joya le dominó de tal modo, que no comió ni durmió hasta realizarla.

Tal era la historia que se refería en voz baja y que daba lugar á comentarios animadísimos... El vulgar ladronzuelo convirtiéndose en una especie de héroe, y algunos periódicos *ilustrados* publicaron su retrato y su biografía. En realidad no era guapo, ni mucho menos, pero á la gente le dió por afirmar que tenía cierto parecido con un famoso tenor... En cuanto de la dama por la cual se cometió el robo, no hay que decir que, durante algún tiempo, fué la más admirada, la más envidiada, la más célebre de las mujeres.

El día en que se celebró la vista de la causa, la sociedad elegante invadió la sala de Justicia. Un murmullo de curiosidad resonó en el amplio salón al anunciarse la entrada de la señora de Rosablanca, que iba á declarar como testigo. La hermosa rubia, vestida con elegante sencillez, contestó con naturalidad á las preguntas que le hicieron.

No recordaba haber visto al procesado, pero sí las frases pronunciadas por ella ante el escaparate de la joyería. ¡Cuánto sentía haberlas dicho! Mas, ¿quién iba á figurarse?... ¡Pobre hombre!... Confiaba en que el Jurado sería indulgente con aquel infeliz...

Al decir esto, fijó en el reo una compasiva mirada y salió de allí con paso reposado, para prolongar todo lo posible las muestras de admiración que le prodigaba el público.

III

—¿Está usted satisfecha de mi mentira? preguntó aquella noche el señor de Cerigny, estrechando la mano de la que idolatraba y dejando asomar á sus ojos una humilde petición de recompensa.

—Sí, respondió ella sonriéndose. No carece usted de ingenio para romper la monotonía de mi vida con farsas de éxito seguro... Pero creo que ha faltado un detalle... un detalle que hubiera dado al proceso mucha más sensación de la que ha tenido.

—Usted dirá, exclamó el impaciente adorador.

—No hubiera estado de más, dijo la señora de Rosablanca con acento tranquilo, que ese infeliz, al cometer el robo, hubiese asesinado al dueño del establecimiento.

CÁTULO MENDES.

Desliz

I

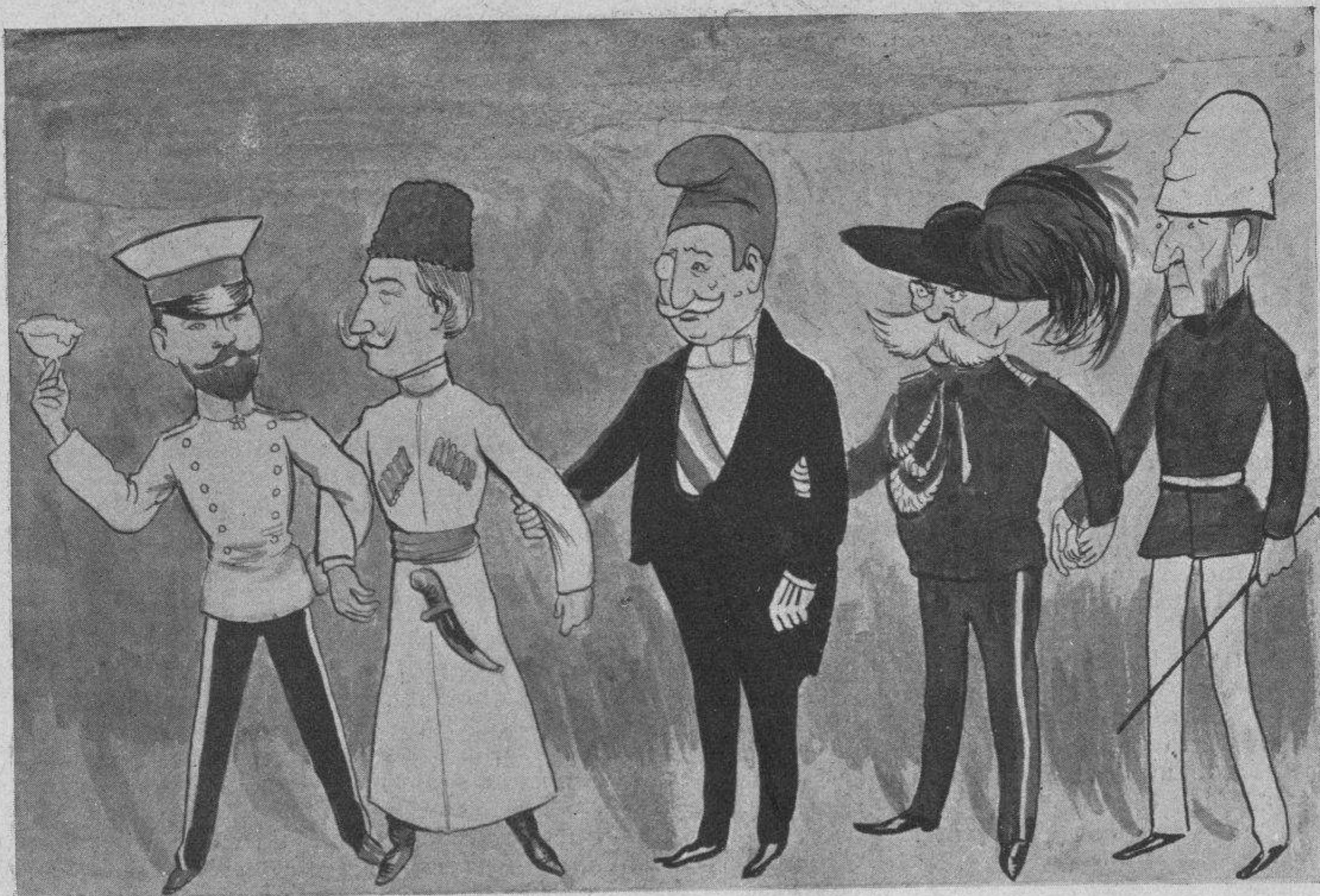
Me ofende tu recelo:
No hay que pensar que la razón te asista.
Yo busco en mi modelo
La belleza que busca todo artista;
Nunca soñé con el impuro anhelo
De lograr su deshonra por conquista...
¡Otra vez! esa duda me exaspera...
No; si me consta que jamás fui santo:
¿Mas no ves que, si á tanto me atreviera,
Esa mujer, cuya virtud ofendes,
Perdiera para mí todo su encanto?...
Sí, su encanto mayor... ¿no me comprendes?...
Además, ¿soy tan débil que sucumba
Sin luchar con la carne maldecida?

¿Y aquella voz que en la conciencia zumba
Recordando el deber cuando se olvida?...
Ya tú ves, no es posible la caída;
que al copiar en el lienzo la belleza,
está el alma soñando y distraída...
¡Y el alma no tropieza!

II

Déjame ya con tu maldito asedio...
El demonio venció: ya no hay remedio.
La conciencia gritó sin que la oyera,
El vértigo fatal turbó mi vista
Y al olvidar mi condición de artista
Me hallé simple mortal como cualquiera!

RAMÓN TRILLES.



La comedia



El drama



Dice *El Pueblo*, periódico de Valencia:
 «Llamado urgentemente por el Ministro de la Gobernación, marchó ayer en el tren correo á Madrid el Gobernador civil Sr. Novillo, dejando el mando de la provincia á cargo del Sr. Vaca».

Dispense el popular y simpático colega valenciano. Me parece que esta noticia no está bien dada.

En primer lugar, tratándose de un señor que se llama Novillo, no debe decirse que el Ministro le llamó, sino que le *citó*. Es más propio.

Y en segundo lugar, ¿no es natural y lógico que marchándose Novillo le deje el mando á Vaca?

¿No quedaba el cargo vacante?

Pues para *vacantes*... Vaca.



Sigo leyendo:

«Anuncian los astrónomos para el mes de Noviembre una lluvia de estrellas que, etc., etc.»

Y luego más abajo y en el mismo periódico:

«Ha sido aprobada por el Sr. Castellano la larga lista de recompensas de Filipinas, desde la toma de Salitrán hasta las últimas operaciones realizadas.»

»De la lista de recompensas mencionadas, se desprende que los generales Polavieja y Primo de Rivera han sido pródigos en concederlas, pues la lista es interminable».

¡Caramba! Pues acertaron los astrónomos.

Lluvia de estrellas va á haber. No en Noviembre; pero la habrá.

Sólo que estas de ahora no caerán á la Tierra.

Sino en las bocamangas de «nuestro valiente y sufrido ejército».



Según leo en la prensa, un doctor, el doctor Jillet, ha tenido la originalísima ocurrencia de llevar, durante veinte años, una contabilidad por partida doble de los besos que ha dado á su mujer y de los que de ésta lleva recibidos.

Y según se desprende de sus asientos, durante el primer año de matrimonio, llegaron los besos ¿saben ustedes á cuántos? ¡A la respetable cantidad de 225,000!

Ustedes pensarán lo que quieran. Yo no envié al doctor.

Porque dada la respetabilidad de la cifra, besando, besando, no la debe haber quedado tiempo para nada más.

¡Absolutamente para nada más!



Lo que en el presente caso resulta gracioso, es la idea de anotar los besos.

Ya me parece estar viendo la escena.

La mujer.—Dame un beso, monín.

El doctor.—Toma, alma mía.

Ella.—¿Pero á dónde vas tan aprisa?

El.—¡A anotarlo, mujer!



Dos hermanos paseaban juntos.

Uno de ellos se quedó muy pensativo, como el hombre que lucha con la resolución de un grave problema. Al cabo se resolvió á decir:

—¿Sabes que si los dos llegáramos á casarnos, serían diez personas más á tutearse?

—No comprendo eso.

—Pues es muy sencillo. Tú y tu mujer, dos; yo y mi mujer, cuatro; tu mujer y yo, seis; mi mujer y tú, ocho, y nuestras dos mujeres, diez.

—Es verdad; por eso dicen que el matrimonio se ha instituido para multiplicarse.



Un tal don Bárbaro Cerro quiso su nombre ocultar, y concluyó por firmar de esta manera: *B. Cerro*.



Una enfermedad, no grave, pero sí bastante molesta, que ha aquejado á nuestro director, le ha impedido durante las tres últimas semanas contestar á las cartas recibidas.

Desde el número próximo volveremos á contestarlas todas, reanudando la sección de *Correspondencia particular*.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

T.pografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona